



UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO
FUNDACIÓN ISABEL CACES DE BROWN
CHILE

REFUNDAR UN HUMANISMO COMO TAREA PARA LA UNIVERSIDAD

R.P. FERNANDO MONTES, S.J.

Inauguración Año Académico
8 de marzo de 2001

Refundar un humanismo como tarea para la universidad

*R.P. FERNANDO MONTES, S.J.

* El Padre Montes es sociólogo y deja ver una importante trayectoria vinculada tanto a su labor sacerdotal como a su tarea académica. De su trayectoria, señalamos algunas instancias:

Ha sido Maestro de Novicios y Provincial de la Compañía de Jesús en Chile; Presidente de CONFERRE (Conferencia de Religiosos de Chile); Rector del Colegio San Ignacio de El Bosque; Director de la Revista *Mensaje*.

En la actualidad es Administrador General de la Compañía de Jesús en Chile y Rector de la Universidad Alberto Hurtado.

Confieso mi emoción al encontrarme en un lugar que en otro tiempo ocuparon maestros que admiré; maestros que yo quise de verdad: Jorge González, Hernán Larraín y tanto otros que desearía nombrar. Grandes humanistas que me abrieron una senda, formularon preguntas que marcaron profundamente mi alma.

Debemos, sin embargo, reconocer que desde el momento en que ellos llegaron a esta universidad se han producido numerosos cambios en nuestra sociedad y en el mundo, cambios que han hecho temblar los basamentos del humanismo que ellos enseñaron y que fue nuestro horizonte. Ya nada sigue igual...

La pregunta eterna que el salmista admirado le dirigía a Dios, resuena hoy con un eco nuevo y desgarrador "¿Qué es el hombre para que de él te ocupes? Lo hiciste poco inferior a los ángeles coronándolo de gloria y majestad, sometiendo todo a sus pies." (Ps 8).



Inauguración
Año Académico
2001

Quisiera hacerme nuevamente la pregunta ¿qué es el hombre?, y compartir con ustedes algunas ideas sobre lo humano que hoy tenemos como tarea redefinir. Pensar qué significa hoy el humanismo es tarea central de una universidad.

Nos toca hoy ser testigos y actores de un cambio de época. En que los parámetros culturales que ordenaban la existencia humana se han desdibujado dejándonos a oscuras en medio de trascendentales encrucijadas. La globalización económica, la computación que cambia la manera de pensar y de acumular conocimientos, las sondas interplanetarias que enviadas por nosotros, viajan solitarias por el cosmos dando y recibiendo información, contando a los otros planetas y a los astros, que existimos; Internet que revoluciona las comunicaciones, son maravillas que han roto todas las barreras y nos obligan a redefinir las geografías humanas y terrestres.

Nos hemos ido haciendo todos ciudadanos de un mundo sin fronteras, muchas veces a costa de nuestras propias raíces culturales, religiosas y políticas. ¡Que pequeños se hacen nuestros problemas ante un cambio de tal naturaleza!

Surgió en

Se nos fue un mundo, nuestro mundo, y se gesta uno nuevo provocativo y admirable. No podemos vivir de la añoranza. Somos parte de una época nueva y no podemos renunciar a imprimir en ella los aportes de nuestra tradición. Saramago de modo genial en su novela "La Caverna" muestra el fin de una cultura, de un hato de costumbres y barrunta como Platón en el mito de la Caverna las ideas de un mundo que está naciendo, dejando sin espacio a los que venimos del mundo que pasó.

social, el

En tiempos normales, la historia humana transcurre y fluye como un río. Todo parece sucederse en orden y con regularidad. Los padres saben con certeza qué valores transmitir a sus hijos. La caravana humana marcha sin contratiempos por caminos seguros. Pero hay períodos en que esta sucesión ordenada parece trastocarse. Son los que llamamos cambios de época. Todo parece confundirse. Entonces se puede

blar el human



Inauguración
Año Académico
2001

cantar "cambia todo cambia".. Hermann Hesse, en el Lobo Estepario nos dice que cuando se produce un cambio de época toda una generación anda a la deriva, habiendo perdido sus certezas y sin reencontrar la claridad de su futuro. Un gran manotazo parece destruir la fila de los caminantes y andan todos con angustia y desconcierto. Eso sucedió cuando el cristianismo y los bárbaros hicieron estallar desde dentro y por todas sus fronteras el incommovible imperio romano. Al final del siglo XV, la invención de la imprenta, el descubrimiento de América, el conocimiento de nuevas civilizaciones que trajeron los navegantes portugueses que abrieron las rutas al oriente, vinieron a confundir la tranquilidad apacible de Europa y se hizo trizas lo que quedaba de la Edad Media. Las ideas de Copérnico opacaron las claridades seculares. La tierra dejó de ser el centro para convertirse tan sólo en una estrella errante.

Aquí hubo un cambio de época. Entonces la cristiandad perdió su coherencia y hasta la misma Iglesia se dividió en pedazos.

Surgió en ese momento un humanismo nuevo. El hombre se hizo centro y medida.

Surgió un ser dominador, capaz de modelar su destino. Orgulloso de su libertad y su razón. Libre y razonable, el hombre emprendió la aventura de la ciencia y de la técnica. Más que como parte superior del universo como lo entendía Santo Tomás, el hombre se destacó, separándose y poniendo a la creación como un objeto de estudio y manipulación. Fueron siglos de progreso fulgurante. Aun en el ámbito social, el hombre emancipado, vio que podía modelar la sociedad según su voluntad y su razón. Pero en medio de la Revolución Industrial y del progreso, en medio de la exaltación del sujeto humano surgieron ya en el siglo XIX algunas preguntas que atravesaron el siglo XX y que hoy se nos plantean con urgencia. Esas preguntas, en cierto modo, ponen en duda la libertad del hombre y su singularidad. Esas preguntas siguen resonando en los albores del siglo XXI haciendo temblar el humanismo que se impuso desde el renacimiento.



Inauguración
Año Académico
2001

Marx, Freud, Darwin, Nietzsche y Einstein hombres del siglo XIX nos hicieron despertar de una cierta ingenuidad. ¿En qué quedó la libertad tan orgullosamente proclamada y la fuerza de la razón?

Marx planteó una pregunta que sigue vigente aun después de la caída de los socialismos reales. ¿Es el hombre realmente libre o depende de los condicionamientos sociales y económicos?. ¿Hasta qué punto la sociedad, el medio social, las clases y castas que dividen a los hombres, las fuerzas de producción nos forman y condicionan? Nos hemos hecho conscientes que la cuna determina de manera brutal nuestra vida y nuestra tumba. ¿Somos tan sujetos cuando sabemos que nos arrastran las modas, nos paralizan los miedos colectivos y las ideologías?

Si Marx puso en duda nuestra libertad por los condicionamientos sociales, Freud nos hizo descubrir que en lo más profundo de nosotros mismos guardamos sombras y traumas que sin saberlo marcan nuestra vida consciente. Hechos olvidados de la infancia parecen condicionar nuestra libertad, marcando nuestro carácter y orientando nuestras penas y alegrías. ¿Hasta donde somos sujetos libres frente a esas pulsiones ignotas y omnipresentes?

Con esas preguntas inquietantes del siglo XIX que llegan hasta nosotros se cierne una nube de sospecha sobre el humanismo del siglo de las luces.

Pero Darwin con su teoría de la evolución incrustó una pregunta más profunda en la conciencia humana. El hombre sujeto soberano, dominador del mundo apareció como un habitante más de las sabanas y las estepas. ¿En qué nos diferenciamos de los simios y de las otras especies animales? Se nos enseña que pertenecemos a una larga caravana de vivientes y andamos a la búsqueda del eslabón que cierre la cadena. En nuestro medio pensamientos como el de Humberto Maturana se acercan a un neo-darwinismo. Entre el azar y la necesidad hemos ido pasando de un estadio



Inauguración
Año Académico
2001

a otro. La materia y la energía que explotaron hace millones de años llegaron hasta nosotros hechas conciencia y lenguaje por un proceso evolutivo natural. Se nos dice en forma poética, para nuestro consuelo, que somos polvo de estrellas. Aunque eso suene hermoso, en verdad se nos recuerda que somos polvo y sólo polvo. Polvo que llegó a organizarse en forma de vida que se reproduce y recrea, pero que en su más honda y radical verdad es sólo barro mineral.

A esas tres preguntas viene a sumarse más tarde la que formuló Nietzsche y que hoy tiene enorme relevancia. El llevó, en cierto modo, hasta sus últimas consecuencias la idea del hombre como sujeto creador. Rompió todos los lazos de dependencia y lo invitó a ser fundamento de su propia moral. Vaciado los cielos de toda divinidad, muerto Dios, el hombre debió labrarse su destino en una dramática y prometeica soledad. ¿Es el hombre un demiurgo?. ¿Es un dios?. ¿Quién osará ponerle límites?

Finalmente entrado el siglo XX, otro hombre del siglo XIX, Einstein formuló la teoría de la relatividad. Los conceptos básicos de tiempo y espacio con los cuales ordenamos el mundo se hicieron relativos, y de ahí no sólo surgió una pregunta sobre el valor de nuestro pensar sino que todo se hizo fluido. Que fácilmente se pasa de la relatividad física a la relatividad ética y humana. Por eso vivimos una cultura de lo relativo.

Estas preguntas las tenemos clavadas en nuestro espíritu. Son parte de nuestra cultura. Ellas echaron un manto de sombra y de sospecha sobre el sujeto humano, que se pretendía libre creador y señor de la Historia.

A pesar de los progresos alcanzados, las dos guerras mundiales, la toma de conciencia de las lacerantes diferencias e injusticias que existen en el mundo y el temor fundado de que el progreso que planeamos destruya el planeta en que vivimos, vinieron a completar una mirada menos positiva sobre el hombre y su noción de desarrollo.



Inauguración
Año Académico
2001

De hecho, en la filosofía las grandes corrientes existenciales basaron su pensar sobre el sentimiento de la angustia (Heidegger) y sobre la náusea (Sartre). A los fines del siglo XX un pensador emblemático (Michel Foucault) llegó a decir que la idea que nos habíamos hecho del hombre es algo nuevo, de poco más de dos siglos, y que se ha agotado. Las horas parecen contadas para el humanismo que conocimos, que nos nutrió y educó. Estamos abocados al desafío de repensar al hombre y formular un nuevo humanismo.

Aunque pueda parecer negativo, me parece sugerente orientar nuestra reflexión y empezar nuestro pensar precisamente ahí donde los vacíos se manifiestan con más fuerza. Es una especie de método trascendental, como el que el Padre Rahner usó en teología, que nos hace llegar de lo vacío hasta preguntarnos qué falta allí.

Recuerdo que en una visita a las nuevas excavaciones de las ruinas de Pompeya, un experto me explicaba que ellos van avanzando con cuidado hundiendo sus picotas en la masa reseca de ceniza y lava que quedó como resultado de la explosión del Vesuvio. Cuando la picota no encuentra resistencia y entra en el vacío, ellos detienen el trabajo y echan en el hueco un balde de colada de yeso. La sorpresa es enorme al encontrar que esos vacíos rellenos con yeso aparecen modelando los restos de animales domésticos y hasta de algunos seres humanos que quedaron atrapados. El calor y los siglos convirtieron en polvo esa materia orgánica pero quedó su forma guardada como un tesoro. El vacío conservó la memoria y la presencia del que allí murió. Es interesante constatar que en nuestra cultura existen vacíos que, si los sabemos llenar, por su ausencia nos hablan de una presencia, de una necesidad.

Quisiera señalar algunos vacíos mayores, quiebres que están gritando dentro de nosotros lo que somos. Esos vacíos nos pueden indicar el camino para refundar un humanismo. Esos vacíos nos permiten formularnos las preguntas correctas y vol-



Inauguración
Año Académico
2001

vernos con humildad a aquel que puede ayudarnos a encontrar las respuestas. Señalaré brevemente ocho quiebres, ocho heridas.

QUIEBRE O VACÍO DE LA FINALIDAD

El pueblo de Israel dejó como herencia a la cultura de Occidente una noción lineal y progresiva de la historia. Los pueblos antiguos pensaron siempre la historia como una realidad circular. Existió el mito del Eterno Retorno según las palabras de Mircea Eliade. Esos pueblos antiguos se sintieron encerrados en un círculo hermético en que las cosas se sucedían en una monótona e inexorable determinación. Israel, por el contrario, vivió en función de las promesas. Para el pueblo elegido la historia era una búsqueda y un caminar. La finalidad era la luz de la marcha por los desiertos. Ellos iban detrás de la tierra prometida que les permitía no descorazonarse en el lento deambular por los desiertos. El cristianismo heredó esta concepción y espera la segunda venida de Jesús. Eso hace posible el progreso y rompe los cerrados determinismos. Por eso para Occidente tiene tanta significación la pregunta por el sentido ¿a dónde vamos? Tal vez el problema más delicado de nuestra cultura es que ha perdido su finalidad. Tenemos muchos medios, pero no tenemos fines. Es como si una flecha en la mitad de su vuelo olvidase a donde se dirige. El fin es un principio ordenador de la marcha y que hace posible la libertad. Si nos encontramos en un terminal de buses ignorando a donde queremos ir quedaremos paralizados sin saber a qué bus subir. Sólo quien tiene un fin puede elegir los medios de un modo razonable. Todo pierde sentido y significado sin finalidad. En la desesperación de la falta de fines, el hombre convierte cada cosa en fin último y pone en eso su realización. El deporte que era un medio de esparcimiento se convirtió en una pesadilla para los atletas que no pueden amar, que no viven y gastan su existencia procurando bajar una centésima de segundo su récord. Un testigo dramático del siglo XX es el libro de Guinness, donde se acumulan los récords absurdos del ser



Inauguración
Año Académico
2001

humano pretendiendo encontrar la finalidad. En el Guinness está consignado el beso más largo de la historia que duró 72 horas. La primera hora fue un beso humano y de ahí para adelante fue una aberración y una pesadilla. La vida sin fin convierte la marcha en cautiverio porque carece de dirección.

Un nuevo humanismo debe ser capaz de formular una finalidad a la vida y al esfuerzo humano. Recuerdo la frase de Bolívar en la novela de García Márquez en el "General en su laberinto". Viendo Bolívar que su sueño de América se envanecía, derrotado, quiso volver a Venezuela. Uno de sus generales le pide que se quede para salvar la patria y Bolívar lleno de dolor le responde: "Ya no tengo patria por la cual sacrificarme" El fin de la vida había desaparecido y solo quedaba partir y regresar. Poca gente tiene hoy una patria por la cual sacrificarse. Carecemos de un fin digno que llene de sentido la existencia. Es explicable entonces que muchos se digan "comamos y bebamos que mañana moriremos", es razonable que muchos escapen del tormento con la droga, el trabajo, el sexo, la velocidad. Vuelve a resonar actualizada la frase de Horacio "Carpe diem", aprovecha y goza que esto está por acabar.

El Concilio Vaticano II dice que el futuro de la humanidad estará en las manos de quien sea capaz de dar un sentido a la vida. Pensar la vida como una misión es un desafío para quienes creemos que las cosas y la creación deben encontrar su plenitud en Jesús. En este punto tenemos mucho que aportar.

QUIEBRE DE LA NOCIÓN DE PADRE Y HERIDA DEL SENTIDO SOCIAL

Albert Camus, es un autor que en obras como La Peste, El Extranjero y su Calígula, mostró los desgarramientos del siglo XX y los desvaríos de una libertad mal enten-



Inauguración
Año Académico
2001

didada. En su novela póstuma "El Primer Hombre", que es autobiográfica, y que fue publicada recién en 1994, nos dejó una clave de lectura de nuestra cultura. El nos relata que pasó su vida en la angustiada búsqueda de un padre. Nos dice que él tuvo que ser el primer hombre porque careciendo de padre nadie le enseñó lo que era bueno y lo que era malo; que él se encontró obligado a tener que inventar desde cero, sin raíces, su existencia.

El niño al salir del seno de su madre forma con ella una unidad indestructible, se aferra a ella que lo alimenta y protege. El desearía continuar en el mundo protector de la madre. En ese momento, la presencia del padre es esencial. Le obliga mirar más allá de su madre, otra persona se introduce y le obliga a tomar conciencia que forma parte de un mundo más amplio, ancho y en cierto modo ajeno, donde hay otros seres con los cuales tiene que compartir la existencia. La presencia del padre abre a un mundo social del cual se recibe parte importante del bagaje necesario para enfrentar la vida. Pero ese mundo social al recordarme que no soy único, me impone límites: el niño ha de aceptar al otro, ha de respetar al otro. Ser hombre no es solo exigir derechos sino aceptar que hay deberes ineludibles.

De hecho para adquirir la madurez el ser humano no depende sólo de una evolución biológica. El nace extraordinariamente desprovisto y carente para emprender la aventura del vivir. Será necesario adquirir como regalo de su sociedad un lenguaje, un sistema de símbolos para comunicarse con el exterior, una cultura que le permita ordenar el mundo y hacerlo humano. La figura paternal está ligada a esta inserción que supone dar y recibir; que supone autocontrol, y generosidad; eso implica aceptar que la convivencia necesita normas objetivas que deben ser respetadas. Esto supone también superar el mundo de lo puramente afectivo y supone aceptar una objetividad que permite asumir el dolor y las limitaciones.

Uno de los problemas más graves para consistencia del hombre actual es que se ha desdibujado hasta casi desaparecer la figura y el rol paternal. Con ello se han borra-



Inauguración
Año Académico
2001

do las normas. Se ha pasado de un autoritarismo sin contrapeso a la indefinición casi total.

La autoestima, la autorealización, la centralidad del Ego, el individualismo, se convirtieron en el centro de la educación.

La teología cristiana, enfrentada al misterio de la Trinidad profundizó en la noción de persona que se centra en la idea de relación. La persona es por esencia un núcleo de relaciones. El mundo actual ha sustituido la noción de persona por la noción de individuo que, en lugar de acentuar las relaciones subraya la separación y el aislamiento.

Las consecuencias para la vida personal y social de la pérdida de la noción de padre son inmensas. Al niño se le educa para defender sus derechos y no se le habla de sus deberes; carente de normas objetivas, buscando su propia realización en una competencia sin cuartel, no se le enseñara a sacrificarse por el otro. La figura paterna recuerda con cariño los límites de la existencia humana, al niño actual se le oculta el sufrimiento y por supuesto no se le enseña que un día deberá enfrentar el hecho de morir. Hoy enfrentamos a la muerte sin armas suficientes, por eso se la oculta.

El resultado de tal educación que enseña a triunfar pero que evita hablar de los fracasos es que carecemos de fortaleza para la frustración que tarde o temprano llega. Quedamos desamparados interiormente porque el mundo y los otros se presentan como una amenaza. Fácilmente vivimos la angustia, la inseguridad y la depresión porque el mundo cambiante, los valores se convierten en un magma indefinido que uno tiene que enfrentar desde cero. Haciendo un juego de palabras Martín Descalzo dice que existe un desmadre general porque se hizo general el despadre.



Inauguración
Año Académico
2001

En un mundo técnico y científico que será nuestro mundo hemos de repensar la noción de persona que sustente un nuevo humanismo y que rompa el cerco feroz del individualismo de la competencia sin cuartel.

QUIEBRE EN LA NOCIÓN DE LIBERTAD

El hombre moderno marcado por el individualismo ha llegado a creer que es libre quien hace lo que quiere. Se ha creído que la libertad consiste en la ausencia de lazos, de compromisos y de censura. A menudo se limita la libertad a la competencia en el mercado y a la posibilidad de elegir entre diversos productos que se ofrecen. Pero la libertad es una calidad del alma que posee aquel que es capaz de entregar su vida por los demás. Por una extraña paradoja, nunca Jesús de Nazareth fue más libre que cuando estuvo clavado en la cruz. Dimitri Karamazov, el mayor de los hermanos Karamazov de Dostoievski, condenado a las minas en Siberia, desde el fondo del cautiverio, pudo reencontrar su libertad y volvió a cantar a su creador.

Porque como dice Miguel Hernández no hay redes ni cadenas que puedan quitarle su libertad al libre.

QUIEBRE EN LA NOCIÓN DE AMOR

No es extraño que en un mundo que ha debilitado la noción de persona y que acenúa al individuo, la noción de amor sufra daño. Hemos pasado poco a poco a tener una noción de amor basado en los sentimientos, en la autorrealización afectiva. El amor se ha convertido en "algo de piel" y dura cuanto dura lo sensible. No podemos olvidar que en esta tierra se escribieron uno de los versos más bellos y más trágicos de nuestra lengua: *"Amo el amor de los Marineros que besan y se van.../dejan una*



Inauguración
Año Académico
2001

promesa no vuelven nunca más. /En cada puerto una mujer espera,/ los marineros besan y se van hasta que una noche se acuestan con la muerte en el lecho del mar”.

Hemos ido perdiendo la idea de un amor sin retorno, que se hace responsable del ser amado para siempre, en salud y enfermedad, y que pone su mayor expresión en dar la vida por el otro. Centrado en lo sensible, el amor nuestro busca más el éxito personal, la propia felicidad que el bien y desarrollo del otro. En esas circunstancias el amor genera a la larga soledades y desengaños. Resulta hoy escandaloso decir que uno no se casa para ser feliz sino para hacer feliz al otro y que la propia felicidad es consecuencia de la calidad del don y de la entrega. No habrá nuevo humanismo si el hombre contemporáneo no descubre en qué consiste amar humanamente. Nosotros intuimos que sólo ama como hombre quien ama como Dios.

QUIEBRE EN LA PERTENENCIA

El individualismo y la herida del sentido social nos ha hecho perder el sentido de la pertenencia. El hombre primitivo pertenecía a su clan y era dentro de las relaciones clánicas que alcanzaba los bienes de sustento, y su propio desarrollo. Nuestros abuelos formaban una familia monolítica, pertenecían ancestralmente a un partido político y a una Iglesia. Los triunfos y derrotas se compartían y era razonable hacer sacrificios por los demás. Hoy, ya no pertenecemos a un clan, cada vez menos pertenecemos a una familia – en USA a los 18 años los hijos emigran para no volver- no pertenecemos a un partido político y muchos han dejado de pertenecer a una iglesia. Estamos cada vez más solos. Es el sentido de la pertenencia el que da seguridades para afrontar la vida que siempre es social. Desprovisto de pertenencia el ser humano carece de parámetros y avanza en un pavoroso aislamiento. Me decía un joven en Estados Unidos: «Ud. no puede imaginar hasta donde llega nuestra soledad. Desde que llegó el horno microondas a la casa, nunca más compartimos la



Inauguración
Año Académico
2001

mesa, no volvimos a vernos. Cada uno calienta su propia comida y se encierra frente a su televisión».

QUIEBRE DE LA VERDAD Y LA COMUNICACIÓN

Al quiebre de la pertenencia contribuye el quiebre del sentido de la verdad. Nunca hemos poseído más medios y sistemas para comunicarnos pero nos sentimos haciendo señas en orillas lejanas sin que nadie escuche nuestro mensaje desolado. Las tácticas y estrategias, el marqueteo general parece haberle arrebatado todo candor al lenguaje que se ha hecho engañoso. La verdad se ha hecho relativa y ha dejado de ser un punto de encuentro. La palabra se ha degradado.

La modernidad y el humanismo se construyeron sobre el respeto a la libertad y a la razón pero ésta, según dice Touraine en su crítica a la modernidad, se hizo cada vez más racionalista, parcial y especializada sin percibir los matices afectivos y humanos que hacen de ella un vehículo de encuentro entre personas y un camino de humanización.

Una universidad tiene un sagrado deber con la verdad y no puede olvidar su misión de respetarla, descubrirla y difundirla. La universidad se ha convertido cada vez más en una escuela para formar profesionales especialistas puestos al servicio del desarrollo material pero cada vez menos humanos, más estrechos en sus miras y más solos.



Inauguración
Año Académico
2001

QUIEBRE DE LA ARMONÍA CON EL COSMOS

Quisiera tan solo señalar que el crecimiento de la razón instrumental nos ha hecho abusar de la tierra que nos fue dada como hogar. El nuevo humanismo nos debe hacer reencontrar nuestro lugar en la naturaleza sin someternos a ella ni adorarla, pero respetándola como un don sagrado y una responsabilidad.

QUIEBRE DE LA TRASCENDENCIA

Finalmente no podemos ocultarnos que careciendo de fines trascendentes el ser humano ha achicado sus perspectivas y horizontes encerrándose en la finitud. Hemos ido acortando nuestros sueños y acallado los anhelos infinitos dejando nuestra alma prisionera y privándonos de las respuestas trascendentes.

Contemplando estos quiebres y vacíos en medio del extraordinario progreso material vuelven a resonar en mí los versos de Neruda que una vez recité en voz alta recorriendo las impresionantes ruinas de Macchu Picchu. "El alto sitio de la aurora humana/ la más alta vasija que contuvo el silencio/ una vida de piedra después de tantas vidas" ...Mirando esa obra maravillosa del hombre me acordé de nuestro progreso, de nuestras calles y edificios. ¿Qué quedará de tanta maravilla? ¿Qué pasará con el hombre? : "Piedra en la piedra, el hombre donde estuvo?/ Aire en el aire el hombre donde estuvo..la pobre mano, el pie, la pobre vida...Yo te interrogo sal de los caminos ...déjame subir todos los escalones hasta el vacío, rascar la entraña hasta tocar al hombre..

Devuélveme al esclavo que enterraste. A través del confuso esplendor, a través de la noche de piedra, déjame hundir la mano y deja que en mi palpite como un ave mil años prisionera el viejo corazón del olvidado..porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo.



Inauguración
Año Académico
2001

Un nuevo humanismo supone reposicionar al hombre. ¿Desde qué perspectiva, con qué horizonte haremos tal tarea? Esta visión del hombre y sus heridas, este hacer resonar las preguntas que agitan al ser de nuestro tiempo, me han permitido redescubrir con fuerza nueva la imagen de Jesús y su mensaje. Honestamente hoy comprendo mejor, siento el atractivo y la actualidad de su Evangelio. Ante tal desafío de refundar un humanismo una universidad católica no puede contestar con fórmulas repetidas de memoria y ya gastadas. Los jóvenes no aceptarán jamás respuestas nacidas del temor o la pereza. La situación actual nos invita a reabrir con honestidad el evangelio y nuestra mente. Sin falsos orgullos que nos alejan de la humanidad sufriente y peregrina, sabiéndonos parte de dolorosas búsquedas podemos reencontrarnos con Jesús de Nazareth, alfa y omega de la historia que nos permite dar una finalidad a nuestra vida por la cual vale la pena apostar la existencia; alguien que con su entrega hasta la muerte le dio un sentido nuevo a la libertad y nos permite descubrir qué significa hoy ser verdaderamente libre. El nos enseñó con su propia entrega hasta la muerte lo que es el amor. En un mundo carente de padre nos mostró como nadie lo que es tener un padre y nos enseñó a entender la trascendencia, no como un modo de huir de nuestra historia sino como una manera de encausar el compromiso. Jesús valoró al hombre no por su riqueza, por sus títulos y honores, sino por su divina dignidad. En un mundo cuajado de injusticias el nos enseñó a conjugar la justicia con la misericordia y a respetar al pobre. Es fácil que de tanto leer el Evangelio no lo hagamos pertinente a las búsquedas actuales.

Refundar el humanismo en una universidad católica, supone una nueva hermenéutica, una nueva interpretación de la persona y la enseñanza de Jesús precisamente desde nuestro corazón desorientado.

El sociólogo francés Edgar Morín dice que la humanidad encerrada en un planeta sin destino, abandonada a su suerte en medio de las galaxias tiene que llegar a encontrar un modo de convivir y de compartir su desventura. Por un destino trágico estamos condenados a la coexistencia.



Inauguración
Año Académico
2001

La historia vista desde Jesús tiene para nosotros un sentido distinto. Llegamos al encuentro por otros derroteros. Nos sentimos parte de una humanidad, confundidos en un mismo destino y vocación. Compartimos los quiebres y los éxitos. Nos sabemos hermanos de todos los que buscan pero con una mirada más llena de esperanza y de sentido.

Yo tengo la impresión que este pequeño y pobre país, lejano del centro del poder, puede dar una lección de humanidad si accede al progreso sin abandonar su alma y su tradición cristiana. En esto puede y debe contribuir una Universidad como ésta.

No podemos contentarnos con repetir el cristianismo sin contexto, ni podemos acceder a un progreso sin finalidad y sin destino. Es necesario redefinir el hombre, su cultura y su ética. ¡Qué tarea tan magnífica y tan desafiante, enseñar al hombre a ser hombre sin abjurar del progreso de las ciencias y del bienestar humano! Realizar estos sueños no es tarea de titanes o de superhombres, Jesús nos enseñó que es un secreto confiado a los humildes de corazón. Por eso quisiera terminar estas palabras con una oración de Unamuno encontrada en su mesa de trabajo a la hora de su muerte. Ese gigante del espíritu, ese buscador incansable y atormentado le pidió a Dios capacidad de sueños y humildad:

"Agranda la puerta padre
Porque no puedo pasar
La hiciste para los niños
yo he crecido a mi pesar
Y si no agrandas la puerta
Achícame por piedad
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar".



Inauguración
Año Académico
2001

Estoy seguro que mis maestros, humildes seguidores de Jesús, los que estuvieron aquí antes que yo, si viviesen hoy tratarían de ser hombres de su tiempo, abiertos, compañeros de ruta de todos los que buscan, de todos los que lloran tratando de reformular para el hombre de hoy, sin falsas añoranzas, sin rigideces, un mensaje que tiene cada día mayor actualidad.

Recrear un humanismo no es tarea de un hombre ni de un día, es un desafío para una universidad y de ello depende la felicidad y el futuro de nuestra patria y de la humanidad.

Valparaíso 8 de Marzo de 2001.